

Lo que no lograrán humanos jueces
 Deben lograr con creces
 Las Euménides, sí. Sabio el Destino
 Lo decretó. ¡Se ha denunciado el reo!
 Préndase a Timoteo!
 ¡Ése que a Ibico nombra es su asesino!

De matador y cómplice la presta
 Perturbación atesta
 Lo que su lengua vil declara falso:
 Y ante un pueblo indignado y justo y fuerte,
 La Escena se convierte
 Primero en tribunal, luego en cadalso.

EL BUZO.

(SCHILLER)

«¿Alguno entre tantos fieles escuderos,
 Alguno entre tantos nobles caballeros
 A sondar el golfo no se atreverá?
 De oro aquesta copa voy a echar yo mismo:
 Miradla! ¡Aquí va!
 Tragóla en su seno lóbrego el abismo:
 De quien la recobre la copa será.»

Habla así el Rey, desde escarpada roca
 Que sobre el llano azul del mar se erige
 Urna de oro riquísima arrojando
 En las hirvientes aguas de Caribdis.
 Y, al ver que todos callan, de sus nobles
 Ante la turba atónita repite:

«No hay hombre valiente que explore el mar hondo
 Que a nadie en su seno dejó penetrar?
 ¿No hay quien, atrevido, la copa del fondo
 Recoja del mar?»

Y escuderos y nobles en silencio
 Le oyen, y luego, en actitud humilde,
 Con vista y pensamiento, recelosos
 El fiero mar y sus peligros miden,
 Sin que la copa de oro a nadie tiende,
 Y por la vez tercera el Rey les dice:

«¿No hay quien tal hazaña valeroso emprenda?
 ¿Noble o escudero no es posible hallar
 Que la rica prenda
 Recoja del mar?»

Del Rey en torno en la escarpada roca
 Nobles y plebe al par callando siguen,
 Cuando súbito avanza un gentilhomme
 Dulce y sereno el rostro, el paso firme
 Como la voluntad, y arroja el manto
 Y el cinturón metálico desciñe,
 No sin que helado asombro en el concurso
 Su temerario intento luego excite.

Al inclinarse de la boca al borde
 El hondo abismo a contemplar horrible,
 De su fondo, con voz como de trueno,
 Se levantan las aguas de Caribdis.
 Hínchase la onda, y muge y vierte espuma
 Cual si la hiciera hervir fuego invisible:
 Chorros de agua y vapor a lo alto lanza
 En que la luz del sol quiébrase en iris:
 Y las olas suceden a las olas

Como acusando inagotable origen,
 Como si el oceano otro engendrara
 Que a su volumen propio no halla límites.

Apaciguase el monstruo, y bajo el velo
 De su blanquizca espuma se percibe
 Como la boca del infierno, negra
 Hendedura sin fondo: entre las sirtes
 Las absorvidas olas desaparecen,
 Quedando en torno el mar sereno y libre.

En piadosa oración el gentilhomme
 Alzando el alma a Dios su amparo pide,
 Y hondo grito de espanto suena al verle
 El salto dar y en el abismo hundirse.

Todo es calma y reposo de las aguas
 En la apenas rizada azul planicie;
 Pero ruge en su fondo la tormenta,
 Y cada espectador, trémulo o triste,
 Piensa o exclama: «¡Adios, bizarro joven!»
 Y es ya el vago rumor imperceptible;
 Mas la ansiedad creciendo va en las almas,
 Y al Monarca acercándose alguien dice:
 «Así echaras al mar cetro y corona
 Para ceñirla al vencedor insigne
 Del negro golfo, me tentaran nunca
 De gloria y de poder tan altos timbres!
 Lo que en sus senos misteriosos pasa
 Nadie supo jamás: naves gentiles

Se traga, y quilla y mástiles resurgen
Rotos, marcando el pavoroso linde.»

Torna del hondo abismo el sordo trueno
De pronto a resonar, y se hincha y gime
Y se agita espumosa la onda inmensa
Cual si la hiciera hervir fuego invisible.
Chorros de agua y vapor arriba lanza,
Y, de ciego furor en nueva crisis,
Brotan olas tras olas, destacando
Sobre el espacio azul negros perfiles.
Ved que ya un brazo en ellas aparece
Y albo cuello después, como de cisne.
Es el joven que nada vigoroso,
Y, arribando al peñón, feliz sonríe,
Y en la trémula diestra aporta ufano
El áurea copa en que su labio imprime.

Largamente respira y ve gozoso
La luz del cielo clara y apacible:
Cae a los pies del Rey: le ofrece el vaso,
Que la princesa, incomparable virgen,
Muda señal paterna obedeciendo,
Llena de vino añejo con que brinde
El vencedor. Y «¡Viva el Rey!» exclama
Gustando el áureo líquido. «¡Felices
Los que la hermosa luz del sol contemplan
Y a sus anchas respiran aire libre!
Espantoso el abismo es, y sondarle
Es al cielo tentar; acaso un crimen,

Ya que en lóbrega noche nos ocultan
Los Dioses lo que guarda en sus confines!
Con rapidez de rayo arrebatado,
Detúvome, al bajar, áspera sirte:
Ola nueva me empuja y alza y hace
Girar cual trompo: en lance tan terrible
Al cielo invoco, y muéstrame en la roca
Exigua cavidad en que me abrigue,
Y en ramas de corales detenida
La copa allí. Profundidades triples,
Sin término a mis ojos aparecen,
Y en ellas van haciéndose visibles
Cetáceos que avanzando se me acercan,
Dragones, salamandras y delfines.
Lejos del mundo y sin auxilio humano,
De angustia y de terror sentí morirme:
Las ramas de coral suelto, y la onda
Que va de nuevo hinchándose, me embiste
Y arrebatame y hace venir salvo
Del mar a la anhelada superficie.»

El Rey tal oyendo, se llena de asombro,
Y al joven la diestra poniendo en el hombro,
Le dice: «La copa gentil tuya es;
Y añadido este anillo de piedras preciosas
Si volver al seno del piélago osas,
Pudiendo en seguida narrar lo que ves.»

Esto al oír la infanta, su faz bañan
De ansiedad y rubor rojos matices,

Y al Rey suplica blanda que renuncie
 A la prueba de un éxito imposible:
 Y agrega: «Lo que ha osado el gentilhombre
 Otro ninguno osó de cuantos viven.»
 Mas el padre, la copa arrebatando,
 Por vez segunda arrójala en Caribdis,
 Y habla así al buzo, y muestra en su semblante
 Su voluntad despótica, inflexible:

«Si otra vez la sacas, y yo así lo espero,
 De todos mis nobles serás el primero;
 Y la que abogando por tí blanda está
 Y en lo que aventuras temerosa piensa,
 De tu nueva hazaña será recompensa:
 Tu esposa será.»

Súbito ardor el corazón inflama
 Del noble buzo; inspiración sublime
 Arrebata su espíritu, y, pesando
 De empresa tan audaz los altos fines,
 Y a la princesa al ver que se desmaya
 De angustia y de rubor pasmosa efigie,
 No duda un punto en afrontar la muerte:
 El manto arroja, el cinturón descifne,
 Se lanza a la vorágine y se hunde,
 Y el Rey espera... y la onda vuelve y gime
 Y de nuevo surgió... mas no consigo
 Trajo esta vez al joven infelice!

EL CÁNTICO DE LA CAMPANA.

(SCHILLER)

—
 "Vivos voco, mortuos plango, fulgura
 frango."

De arcilla es el molde y en tierra está listo;
 Fundida sin falta queda hoy la campana.
 ¡Valor, compañeros, y a la obra! Se gana
 Con ella, si buena resulta, honra y prez;
 Mas, si ha de ser útil el sudor del rostro,
 Preciso es que el cielo su ayuda nos dé.

—
 A la seria labor que preparamos
 Grave conversación mezclar conviene,
 Que el trabajo con útiles discursos
 Se facilita más y se hace alegre.
 Consideremos, pues, los resultados
 De lo que intenta nuestro esfuerzo débil,
 Que aquel que no medita sus empresas
 La estimación del sabio no merece.
 Dado le ha sido el pensamiento al hombre
 Porque su diestra rija inteligente,